

LA NACION

REVISTA SEMANAL

BUENOS AIRES 9 DE MARZO DE 1930

AÑO I

NÚMERO 36



ESPECIAL PARA LA NACION

S. S. PIO XI

Por LUIS RAVASIET

HUELLAS FEMINISTAS

www.huellasfeministas.com.ar

LOS CUADERNOS DE BARRES



MAURICE BARRES JOVEN
Dibujo de Félix Valloton

POR
FRANCISCO
GARCIA
CALDERON

Para LA NACION
PARIS, enero de 1930.

DIARIO DE VIAJE

ORDEN

CONATO de tormenta. El mar se alza contra el buque; caballo encabritado quiere voltear a su jinete.

Soplando por las olas, aquél brama reverosamente con sus fibras, cuerdas vocales.

La proa brinca el mar.
La bellez, cada enquecida de vicio, quiere desprenderte y suitar hacia el espacio.

Un orden superior, una armonía de subordinación mantiene tabla sobre tabla, hierro sobre hierro.

Ejercicio de "pioneros" cada clavo,

cada cuba, cada remache, se mantiene en su puesto colando su pequeño radio.

Un grito solo de desorden, un comienzo de desbande, y los perros azules del mar se lanzarán a la caza humana.

Pero hay una palabra colectiva del humano guardián:—Presente!

Así el buque cabecita a su antojo, se deja guiar, coquetea gallardamente.

Ah, la libertad, el impulso, abandono, la explosión del yo!

Cabeza temblorosa sobre una fauna avida, penetra el sentido íntimo del orden.

RIO DE JANEIRO

AZUL reflejo de mar. Pardo de montañas. Blanco de espumas. Verde de encrucijadas. Laderas sembradas de viviendas. Rosa, Edificios grises. Rejas negras. Traves amarillas. Palabras musicales. Vehículos alebrijes. Cuerpos bellos semi desnudos. Negros estupendos. Mujeres enmascaradoras. Playas de oro anchas, largas, infinitas. Arrollados de olas esmer-

aldas destorciéndose en las orillas. Sol. Sol. Más sol. Arcos de dientes salpicados de nieve: el torbellino azul, el torbellino verde, el torbellino dorado.

Hambre el cuerpo, hambre los sueños, hambre las ideas.

No está fija, no. Se balancea con su mar, sus montañas, sus casas, sus árboles y sus honduras.

BRAZOS

FUE en Rio donde los vi así: caderas negras retorcidas, primero; premadas, después. Movían grandes bultos en el puerto y en la tensión máxima no eran ya humanos.

Elasticos, como los del gorila, sus músculos vibraban debajo de la piel,

como desasidos de ella que era solamente un tubo lustroso.

Más largos, aparentemente, que los habituales; dos piezas de "overall", un tanto libre, una boca brutal, completaban aquellos brazos de maravilla, rematados en una muñeca magra y estilizada.

UN JOVEN DE RIO

EN el fondo una casa señorial. ¿Griegos? ¿Amarillos? ¿Blancos? No recuerdo. Las persianas obscuras, severas, cerradas.

Silencio.

Un jardín tropical, desordenado, entre el edificio y la reja, negra, hierática, manchada de fresco encaje verde. Un portal amplio, también de hierro. Junto al portal, en la vereda, un

joven irreprochablemente vestido de blanco.

La piel acuciada. Los ojos negros. La boca muerta. Bello. Quietó.

Miraba y no veía. La curva fina de su figura espejaba la voluptuosidad de la sombría noche que se extendía ante él, e iba a morir al mar.

Una palabra resumía todo su ser:

— "Amo".

UNA GOLONDRINA

A la izquierda la costa blanca de España. A la derecha la negra de África. De la una a la otra la pampa azul de agua.

Paralela a ambas la flecha del buque.

Ocho de la noche. Fompas de júbilo de soñez.

De pronto un grito casi unánime:

— "No la maten!"

Una golondrina exhausta ha entra-

do por la ventana iluminada del camarero.

Aletea, destrozada de cansancio, sobre el piso.

Un niño la alza. La oprime contra el pecho.

Acusada por la sazón del agua desierta, y acogida en desesperanza a la casa distante, aquél su pobre temblor animal hiere la ternura como estriptia las pupilas.

del pesimismo filosófico alemán, a Schopenhauer y a Hartmann. Ahora descubrimos la acción que ejerció sobre su espíritu mozo el severo Fichte. Ha nacido, escribe, en 1862 y Fichte un siglo antes, en 1782. Quisiera morir en 1914 para contemplar, como él, un 1813, año de liberación y de exaltación guerrera. La cuestión capital para el escritor estriba en el paso del yo que ha exaltado Fichte, al no yo, en entregarse con fervor a una obra social sin renegar del egoísmo, del solipsismo, del individualismo. En una conversación de 1897 con André Berthelot, hijo del gran químico, se refiere a su inquietud. Sólo el individuo tiene conciencia, dice, de tal manera que el sacrificio a la sociedad es, en realidad, estéril. Para dar vigor a los lazos sociales, el escritor se inspira en Augusto Compte y rinde culto a los muertos y a los héroes. Sabio que simpatiza con las minorías, "gusto malo", que carece de verdadero espíritu social. Por la acción, vinculándose profundamente a la tierra ancestral, procura vencer su individualismo pertinaz.

Individualismo que a veces se confunde con el nihilismo, con un sabor de ceniza en los labios y la preocupación turbativa, de la muerte. Si amo a Pascal, leemos en una nota, es porque en cada una de sus visiones de la vida domina la imagen de la muerte. Sobre las losas de la Catedral de Toledo ha leído tres palabras en una inscripción, polvo, ceniza y nada, "polv, cinc et nihil", y no las olvida jamás. Infinitamente triste, se deja conquistar por lo que llama el astigmatismo, su ambición se esfuma a poner algo en el "vaso de tristeza" de los poetas románticos. En mi, escribe, llevó celado un oriental que se adormece, se sumerge en la melancolia y al lado de él un heleno. Nos invade Oriente, el mal del Asia, escribe en Niza, tierra de sol, en marzo de 1897. Antaño, nota, llegó la ola de Oriente hacia nosotros, a morir en la Elegancia de Racine. Una nueva ola viene ahora, con Tolstoi, con Dostoyevski. A través de España otra y es el fatalismo. En la misma Grecia, Platón aparece dominado, invadido por el mal asiático.

Los Tharneud han referido que Barrés no leía a sus contemporáneos. Estos apuntes nos revelan su deslinda completa en relación con nuestro tiempo. Desciende en su época verdadera miseria intelectual. He concedido, dice, a Hugo, a Taine, a Renan, a Leconte, anota, somos ahora pobres en todos los géneros literarios. Ni las masas de su país, ni las direcciones de su siglo le atraen. En Asia y en Lorena buscan el vasto continente y el país mejor, un clima espiritual adecuado a su tristeza y a su inquietud.

Aristócrata, con propensión al aislamiento, advina que llega una época en que será necesario conquistar la benevolencia o el amor del pueblo, del cuarto estado, fuente de energía subterránea. Obscuro y turbio porvenir que considera como augur, en el cual acabarán las guerras de conquista y quién sabe si en nombre de una ortodoxia social serán castigadas las herejías económicas con la misma severidad que las religiosas cuando relata la Inquisición, y se combatirá por matizadas en la definición del valor y en las formas de la propiedad, de la misma guisa que en otra era por interpretaciones del dogma de la presencia real.

— Cómo pedir unidad a este espíritu atormentado, que no sabe adaptarse a su tiempo, romántico y preciso, individualista y pungido por la necesidad de servir? Más que en sus libros, se presenta el escritor en estas notas dolientes y trágicas, agónico como Pascal, haciendo autómata de sí mismo, como lo exigían los místicos. Confiesa que su nihilismo permanente no puede conducirle hacia la virtud social, pero que le queda un deseo de actividad, la necesidad de vaciar a una función limitada y actual. Desde 1897 este egotista impetuoso cree haberse vencido, y escribe triunfante que no se satisfará ya la obra del individuo, substancia demasiado flaca, y que para su acción, para su entorno, para su influencia, para su FEMINISTAS